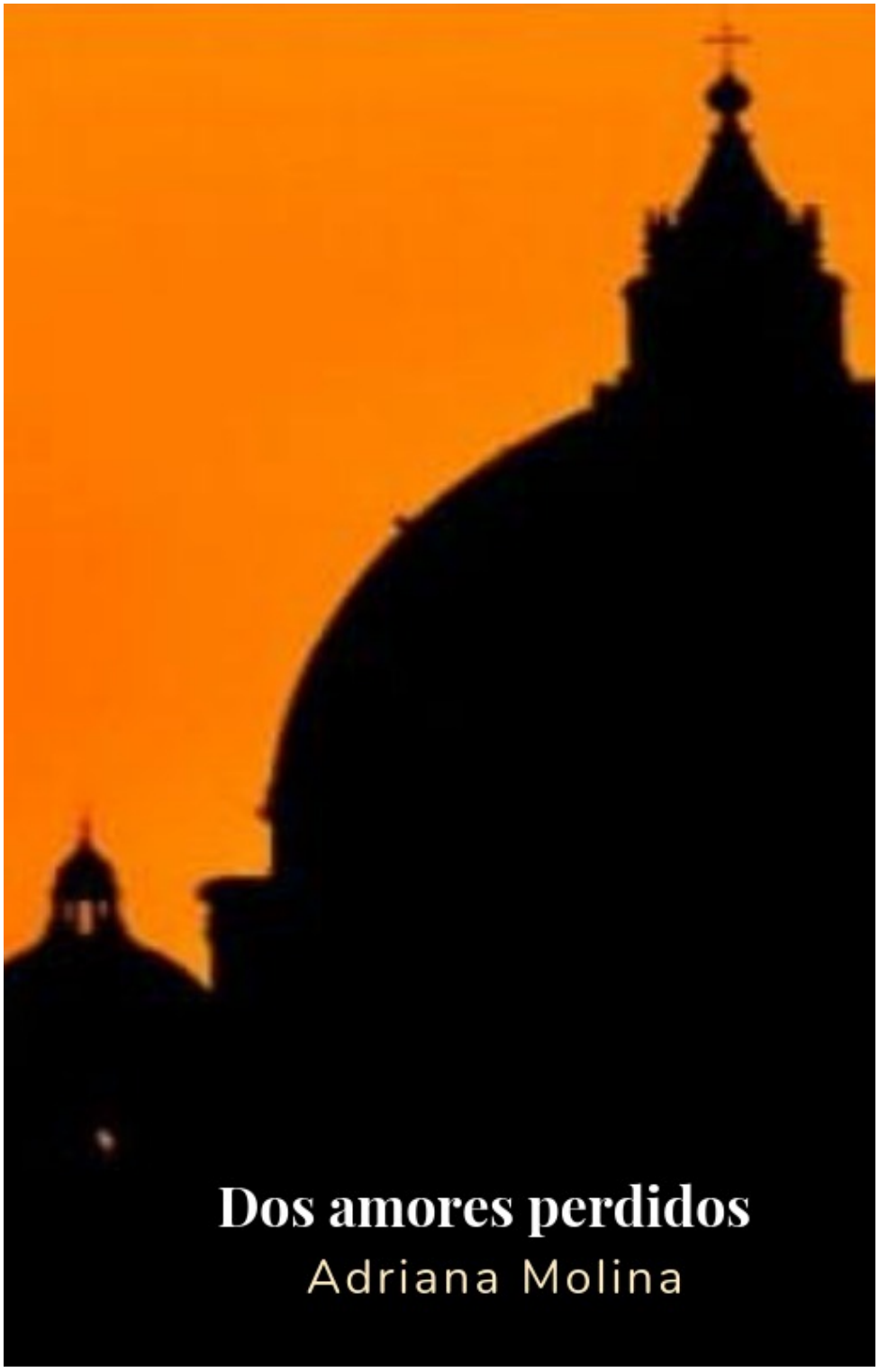
Amores perdidos

Adriana Molina



Capítulo 1

I. **Del diario de Calixto Fonnegra**

Medellín, 2 de mayo. En la ciudad del Vaticano, el país más pequeño del mundo y un lugar muy santo y privilegiado para la iglesia católica y sus feligreses vivía yo desde que mis padres murieron por enfermedades huérfanas, para las cuales, en mi país natal no había tratamiento, aunque los médicos intentaron encontrar una cura les fue imposible, nuestra familia tenía pocos ingresos económicos, por tanto no pude buscar una cura en otro país y a mí me tocó ver morir a mis padres en los brazos, sin poder hacer nada. Desde entonces comprendí que si no posees dinero es muy difícil garantizar una calidad de vida.

Sin tener nada que me atara a Colombia, ni siquiera un rancho, decidí buscar otros rumbos, fue entonces cuando un amigo me dijo que en Europa habían muy buenas oportunidades que me fuera como mula y yo me enojé con él y le dije: "Por personas como usted y con las que trabaja es que tenemos tan mala imagen en el exterior" él me iba a contestar pero yo me retiré antes dejándolo con la palabra en la boca.

Pasaron algunos días y continúe trabajando como asesor en ventas en un reconocido Centro Comercial sin embargo, esto no me hacía feliz y cada día sentía que estaba perdiendo más y más el tiempo, los días eran extremadamente largos y las noches eran tormentosas debido al dolor que se me producía en los pies por estar más de diez horas de pie brindando asesoría a los clientes. Pasaron varios días hasta que un día me armé de valor y renuncié al trabajo. Los primeros días fue muy bueno porque estaba muy agotada y pude descansar, pero con el paso de las semanas el dinero iba escaseando y yo no contaba con más entradas económicas fue entonces cuando decidí que debía irme para otro lado, respirar otro aire y dar rienda suelta a los sueños, aquellos que había dejado de lado por estar al lado de mi familia. Pero ahora que no la tenía y que me encontraba solo en el mundo decidí volar.

II. Del diario de Calixto Fonnegra (continuación)

4 de octubre, Hoy desperté, me hallaba en mi habitación pero tenía el presentimiento de que algo extraordinario o misterioso sucedería aunque dejando de creer en estas supersticiones parecía un día normal; el sol entraba por mi ventana, el canto de los pájaros me arrullaba lentamente… pero había un vacío en mi interior que me generaba cierta incertidumbre, pensé en visitar la iglesia y de paso el confesionario, pero luego me detuve al recapitular la innumerable lista de pecados que debía confesar, ni las veinticuatro horas del día hubiesen alcanzado para liberar esa

pesada carga que llevaba sobre mis hombros.

Me levanté rápidamente de la cama, busqué en mi armario algo para tapar mi desnudez y saqué de este lo primero que encontré, un vaquero azul muy desgastado, unos tenis deportivos mareados por el trajín y una camiseta tipo polo roja, luego, encendí la radio mientras me daba un breve duchazo pues debía ir a trabajar y por darle tantas vueltas a ese presentimiento ya me había cogido la tarde.

Salí del baño con mi piel humedecida por la tina, la toalla me secaba pero yo sentía que no lo suficiente por lo que opté por quedarme así, cogí mi bóxer favorito uno negro con rayas blancas verticales, luego me coloqué la camisa roja y el pantalón no me percate que me lo había colocado al revés hasta que me miré en el espejo, fue entonces cuando recordé la frase que dice "cuando más afán tienes, más se te demora todo". Con tranquilidad traté de quitarme el pantalón, voltearlo y colocármelo, y por fin estuve listo.

Me dirigí a la cocina y parecía todo un chef cuando corta las verduras o las frutas para las extraordinarias recetas, sin embargo, yo no poseía el don y la práctica para las técnicas culinarias, ni era un tema al que le dedicara mucha importancia en mi vida, yo solo me dedicaba en las mañanas a sacar la jarra de leche de la nevera, organizar en el comedor una taza y una cuchara y a extraer de un baúl de madera el cual tenía mucho valor sentimental para mí el cereal. Confiaba que dentro del baúl no podrían tener acceso fácilmente los roedores e insectos que a veces invaden la cocina.

Cuando terminé de servir el cereal con la leche me dispuse a tomar la primer cucharada sin embargo, a diferencia de los otros días, sentía algo que oprimía mi estómago, a ciencia cierta sabía que no se trataba de una enfermedad física sino a ese terrible presentimiento que me atormentaba. Me engullí como pude el cereal y salí de mi apartamento como alma que lleva al diablo, tan pálido como una hoja de papel.